



Historieta de una liberación

CUANDO estaba a pique de perder todo mi exiguo patrimonio a base de pagar multas por exceso de velocidad, encontré casualmente el remedio a mis proyectos suicidas. Nunca comprendí por qué un aparato misterioso me obligaba a pagar quince mil pesetas por correr cinco kilómetros más deprisa de lo que me exigía una señal, ni tampoco por qué los coches estaban diseñados para llegar de Madrid a Burgos en dos horas y las deficiencias de la carretera, unidas a la imposición de límites corredores, obligaban a tardar más de tres. Veces hubo en que dar una conferencia en Puertollano o en Almería me costaba diez mil pesetas del personal peculio además del *cachet*, y luego Hacienda me pedía su comisión por lo que me habían pagado.

Confieso que conducir despacio me produce sueño, y ante el dilema de encontrarme a las puertas del infierno con un árbol clavado en la crisma o sobrepasar los límites de velocidad censurados cuando aquella historia de hace trece años del excesivo consumo de gasolinas, prefiero acercarme a Correos y enviar los giros que me solicitan en los patéticos sobres amarillentos. Es decir, llegué al convencimiento de que yo era un conductor incurable. Creo que nunca corrí más de lo que permitían las condiciones físicas de mi camino, las técnicas de mi automóvil y las psicológicas de mi espíritu, pero sí más de lo que me pedían las señales redondas. Nunca atropellé a un perro ni eché a nadie a la cuneta por adelantarse con desmedida pasión, pero los radares ambulantes me ficharon muchas veces a ciento veintitrés cuando sólo me permitían aburrirme a noventa.

En fin: encontré sin buscarla la solución a mi neurastenia voladora hace un par de años. Buscaba entonces aborramme hoteles y su búsqueda en tiempo de vacaciones, la posibilidad de ver el mundo casi con entera libertad, dormir donde me apeteciera y comer donde sintiera hambre, sin sufrir la ignominiosa experiencia de los lamentables restaurantes españoles de carretera.

Así que me compré una furgoneta, una auténtica furgoneta de tres toneladas y media, con rueda gemela (lo que de momento me castiga con doble factura en las carísimas autopistas de esta tierra), ducha de agua caliente incorporada, cocina, cama de matrimonio, instalación *hifi*, nevera y alicatado hasta el techo. Lo único que le falta para ser perfecta es velocidad. Sólo una vez —cuesta abajo, con viento a favor y vacío absoluto en la autopista— logré alcanzar los ciento veinte.

Desde aquel feliz instante utilizo únicamente el coche para ir a comprar el periódico. En carretera me meto siempre con mi acogedor bolido, decidido a disfrutar de una velocidad de crucero auténticamente vergonzosa, con medias que darían risa a los arrieros maragatos. A cambio de tales *performances* he conseguido librarme del espionaje de los radares. Más aún: cuando descubro uno entre las sombras de la chopera o al amparo de esas ruinas en que comienza cualquier pueblo español, me pongo más contento que un arcángel y le doy máximo volumen canoro a Joaquín Sabina.

Me parece que nunca he disfrutado tanto conduciendo. Veo el mundo desde una respetable altura; en los habituales atascos descubro a un kilómetro cuándo empieza a moverse la serpiente, tengo tiempo para leer todos los rótulos que llevan los camiones en el trasero y, como estos camiones tienen la costumbre de viajar en grupos de media docena y bien pegaditos, puedo llegar hasta Granada sin conseguir un solo adelantamiento. Distingo en los cielos a un azor de un gavián, compruebo si es un Fresno o un avellano el arbusto de la cuneta, me da tiempo a oler la flor del brezo, seguir la fuga del zorro, incluso a escuchar las blasfemias de los pastores solitarios.

Por otra parte, el admirable volumen de mi carruaje se porta con mucha sensibilidad ante los vientos, los baches y los frenazos, de modo que tengo siempre la deliciosa sensación de circular a trescientos por hora mientras degusto el refresco recién sacado del frigo. Únicamente se me en-

rarece la circulación sanguínea cuando me sitúo a rebufo de esos chóferes tan «prudentes» que se han comprado un bolido de trescientos caballos para pasear por las vías más frecuentadas a veinte por hora. Si me decido a adelantarlos, acarician su acelerador y me dejan en calzoncillos mientras se burlan de mi loco esfuerzo de *reprise*. Luego vuelven a aminorar sus impulsos de vértigo y dejan que los alcance para repetir orgullosos la operación. Hasta que me canso y me echo al campo a disfrutar de una siestecita en mi mullido lecho siempre listo.

Mi autobús, en consecuencia, está logrando acercarme mucho a la felicidad. A veces la retrasa un poco: cuando escalo el Pajares a quince por hora, cuando un guardia con insolito sentido de la psicología me multa porque en el pesado adelantamiento el tipo que viene de frente a medio kilómetro pisó el arcén por si mi artefacto no lo logra en el tiempo calculado (y luego, naturalmente, es mi palabra contra la suya, es decir, su *dogma* contra *mi mentira*), cuando llego con dos horas de retraso a la cita con una chavala que me espera en las fuentes del Tajo, cuando resulta imposible estacionar en la fantástica plaza de Ciudad Rodrigo, cuando me obligan a la revisión bianual... Son minucias. Particularmente ante la dicha que siento uno cuando un taxista urbano no se atreve a cerrarte el paso por elemental precaución y cuando los caravaneros bambolean su apéndice a golpes de viento.

Por no mencionar las glorias específicas del «camping-car». ¿Alguien, por ejemplo, puede marcarse el farol de haber dormido bajo la mismísima torre Eiffel y ante la entrada principal de la Ópera de Viena, de haber cenado —bocata de sardinas...— ante el Casino de Montecarlo o haber escrito una historieta frente a los fastuosos lagos de Covadonga (que es lo que hago ahora mismo)? El furgón es un lujo carísimo, naturalmente, pero ya tengo pagada la mitad de las letras con lo que me ahorro en multas por exceso de velocidad. En cincuenta años más, lo tengo amortizado, como sabiamente me profetizó el vendedor.